

Anegados en llanto alza los ojos
 Ella hacía el ave, y tímida responde:
 —No que la linfa enturbie te dé enojos;
 De nuevo quedará limpia y serena.
 Mas ¿por qué, si me viste en otros días
 Junto al pastor en la pradera amena,
 Solícita cual hoy no le decias:
 “No la quietud alteres de su alma,
 Que, trocado una vez tu amor en hielo,
 Siempre verá, sin recobrar la calma,
 Turbias las fuentes y anublado el cielo?”

1861.

Martha Francis de Oro

EL EPITAFIO.

De ver á su prometido
 Rosa la gentil regresa:
 Como las del prado trae
 Rojas las manos pequeñas,
 Y su madre la pregunta:
 —¿Qué hiciste, Rosa, con ellas?
 Y “las espigas me hirieron”
 Ruborizada contesta.

Torna de ver á su novio
 Segunda vez la doncella:

Más rojos que de costumbre
 Sus labios la madre encuentra.
 — ¡A qué se debe, hija mía?
 — Al zumo de las cerezas.

De ver al novio la jóven
 Viene por la vez tercera,
 Y más que rosa parece
 Por lo pálida, azucena.
 — ¡Qué te pasa, pobre niña,
 Que estás como blanca cera?
 — Madre, haz cavar una fosa
 Y mi cadáver entierra;
 Pon una cruz en mi seno
 Y estas palabras en ella:
 “Un día volvió á su casa,
 Rojas las manos pequeñas
 Porque su novio estrechólas
 Entre las suyas con fuerza.
 Volvió á su casa otro día,
 Los labios como cerezas
 De ósculo dulce al contacto
 Que consentir no debiera.
 Volvió á su casa mas tarde,
 Pálida como una muerta,
 Porque el mozo á quien amaba
 La olvidó.” ¡Pobre doncella!

EL GUANTE.

(SCHILLER.)

Á MI AMIGO EL SEÑOR DON FELIPE ESCALANTE.

Frente á la arena do los leones
 A trabar lucha terrible van,
 Bajo la sombra de sus pendones
 Entre los nobles está el rey Franz.
 Y en elevados palcos brillantes,
 A los dos lados del rey, se ven
 Mujeres bellas muy elegantes,
 Ceñida en rosas la blanca sien.